

Borges y Emir

En los Estados Unidos, no sé si en Yale o en Columbia, E.R.M. me dijo que él pensaba escribir una biografía fantástica, mía, es decir, no una biografía de lo que había ocurrido sino de lo que pudo haber ocurrido.

Y yo le dije que él podría hacerlo, mejor que yo, ya que se había pasado buena parte de su vida estudiándome, no sé por qué, a mí me parece una pervisión, una manera notoria de perder el tiempo, en todo caso. Bueno, en fin. El, sin duda, conocía lo que se ha dado en llamar mi obra, yo lo digo entre comillas, porque yo no tengo obra, solo unos cuantos borradores que se han publicado. El se ha pasado la vida estudiándolos, leyéndolos, relejéndolos, analizándolos, inventándoles méritos que ciertamente no existen y conoce también todas las fechas de mi vida. Yo solo conozco la fecha 1899 pero tampoco la recuerdo ya que nadie puede recordar el momento de su nacimiento aunque, según los psiquiatras, el recuerdo incluye también la vida prenatal lo cual me parece excesivo. Bueno, entonces, yo le dije que podría hacerlo muy bien, dicen que lo ha hecho admirablemente. Yo no leí ese libro porque es incómodo leer un libro sobre uno, del mismo modo que es incómodo oír hablar de uno. De modo que en esta casa no hay un solo libro mío ni tampoco un libro sobre mí, salvo uno que es del todo inofensivo porque fue publicado en Japón y fue escrito en cavis, en los ideogramas chinos. De modo que yo no conozco ese libro y los que lo han leído afirman que es excelente, y tiene que ser excelente ya que se refiere no a mí, relativamente, pobre vida actual, sino a una vida imaginaria que tiene que ser mucho más rica; de modo que yo le agradezco a E.R.M. ese libro y, además, puedo hablar de él no solo como estudioso y como escritor sino como algo mucho más importante, como amigo. Yo creo que la amistad es realmente una de las pasiones de nuestros países. Quizás la mejor; cuando Eduardo Mallea publicó un libro titulado *Historia de una pasión argentina*, yo decía, pero qué puede ser esa pasión, tiene que ser la amistad, ya que la amistad es lo que se siente a lo largo de nuestra literatura. Por ejemplo, en el Fausto de Estanislao del Campo, ¿qué importa la parodia de la ópera? absolutamente nada, lo que importa es la amistad de los dos aparceros. Y en el Martín Fierro, qué puede interesar la vida de un desertor y de otro, un desertor del ejército y el otro, un desertor de la policía que, misteriosamente se pone de parte del reo que viene a arrestar. Pero, sin embargo, se siente entre esos dos criminales que existe una amistad. Bueno, yo quería agregar que tendría muchas ganas de volver a ver a Emir, y agradecerle ese libro que soy indigno de leer y que quisiera estar en Montevideo, pronto, para volver a verlo.

Buenos Aires, 22 de octubre de 1985

Jorge Luis Borges ①

Dentro del "Seminario Internacional sobre Teoría y Crítica Literaria", realizado mediante la colaboración de la Biblioteca Nacional, el Instituto de Profesores Artigas, la Embajada de Francia, la Comisión para el intercambio educacional entre Uruguay y EE.UU. (Comisión Fulbright) y la Asociación Uruguaya de Estudios Semióticos, se llevó a cabo en el Auditorio Vaz Ferreira de la Biblioteca Nacional una conferencia de Emir Rodríguez Monegal titulada "Borges - Derrida - De Man - Bloom: la Desconstrucción 'avant et après la lettre'". Un público sensible a los múltiples significados de la presencia en su país de Emir Rodríguez Monegal, que hace tantos años combina

su ininterrumpida tarea crítica con la de profesor en la Universidad de Yale en New Haven, colmó la gran sala de la Biblioteca Nacional. Nos asociamos a este acontecimiento transcribiendo las palabras que enviara Jorge Luis Borges para ser leídas en la ocasión y la entrevista realizada al profesor uruguayo por Ruben Cotelo.

Publicamos además un reportaje, enviado desde Buenos Aires por Danubio Torres Fierro, al eminente poeta y crítico brasileño Haroldo de Campos quien estuvo entre nosotros con motivo del Seminario y dictó una conferencia titulada "Más allá de la nostalgia (Sehnsucht)". ①

Emir Rodríguez Monegal: el olvido es una forma de la memoria



Se encuentra seriamente enfermo y ha bajado muchos kilos de peso. Igual quiso regresar a su país para intervenir en un seminario sobre la llamada Escuela de Yale, a la que sin embargo Emir Rodríguez Monegal no pertenece y cuya existencia niega. Es, en cambio, Distinguished Professor de esa universidad, donde se refugió después de ser destituido en la Enseñanza Secundaria de nuestro país, 1968. Habría sido, entonces, un precursor. La enfermedad de ninguna manera le impide ejercer su espléndida memoria, renovar la vivacidad de sus juicios y sus viejas pasiones, sorprender con la vigencia de su famosa lucidez, palabra que echó a rodar hace cuarenta años y que hoy parece haber abandonado. Nació en Melo, 1921, para convertirse en uno de los mejores críticos y periodistas literarios de América, también en un erudito sagaz y laborioso. Con su personalidad fuerte y dominante, conflictiva y polémica, ayudó a forjar la literatura uruguaya del medio siglo. Aportó y dejó cicatrices, huellas que nadie olvida, en casi todos los rincones de América. Un cronista de Jaque conversó largamente con él, la semana pasada, en la apacible residencia de Carrasco, donde se hospeda. Fue, como dijo Borges en el cuento que el propio Emir recordó, una fantasía sobre el tiempo. Fue quizá, de paso, un cálido ajuste de cuentas con su país natal. Hoy se proclama, como su maestro, un criollo viejo, interesado en la literatura universal. Regresó, finalmente, a reencontrar sus raíces. Se reproducen a continuación extractos y fragmentos de la entrevista con el gran crítico literario uruguayo.

«Consistencia y coherencia son dos palabras que podrían sintetizar tu carrera literaria de más de cuarenta años; es decir, a diferencia de tus compañeros de generación, comprometidos con las cuestiones políticas e históricas, siempre te mantuviste fiel a los asuntos estéticos y culturales, tales como el cine, el teatro, la literatura.

— Podrías agregar la pintura y la música, pero es cierto que en política soy muy ignorante y la entiendo muy poco. Como se ve en mis Memorias, yo era un niño enfermo y me quedaba encerrado en mi casa, leyendo y dibujando; sólo salía para ver cine. A mí, las artes y los espectáculos me producen el mismo estímulo. Adoro, por ejemplo, la ópera, sobre todo como la hacen ahora, con grandes directores de escena, como Visconti, y cantantes a quienes convierten en actores. La vida, sin embargo, lo va canalizando a uno, como me pasó a mí cuando me echaron de Secundaria.

— ¿Cómo fue eso?

— A mi retorno de París, donde estaba haciendo la revista *Mundo Nuevo*, me presenté a Secundaria para retomar mis clases. Cuando me contrataron en esa revista, solicité licencia sin goce de sueldo; a mi regreso, en Secundaria me informaron que había sido destituido por abandono del cargo. Mi último pedido de licencia era de tres meses antes. El expediente había desaparecido y expirado el plazo para presentar recursos. No sé qué pasó. Me quedé en la calle, perdí veinte años de mi jubilación y como crítico de cine y teatro bien podía morirme de hambre. De modo que acepté la oferta de ir a dar clases en Caracas, con un contrato de un año renovable a dos. Tenía 47 años entonces. Fui luego a Liverpool y Cambridge, donde me ofrecieron puestos muy buenos, pero con salarios muy bajos, porque en Inglaterra pagan muy poco a los profesores. En Yale, en cambio, me ofrecieron dedicación completa y todos los seguros sociales. En la Universidad de Yale no pueden echarme, aunque yo sí puedo retirarme con el preaviso de un año.

Volví al Uruguay cada dos o tres años, para ver a mi familia. Esto fue hasta 1971. Poco después cayó presa mi hija Georgina, por tupamara. El